El nombre de esta isla se cita en la historia romana en los dias de Augusto, quien la eligió como residencia marítima é hizo edificar allí una quinta. Más fama adquirió en la época de Tiberio, que mandó erigir doce palacios, en honor de cada uno de los principales dioses, habiendo pasado en la isla los últimos diez dias de su existencia.

En el promontorio oriental de la isla, á gran altura sobre el mar, consérvanse aún las ruinas del palacio que Tiberio habitó. Segun las leyendas, el tirano acostumbraba á precipitar sus víctimas en el mar desde el borde de un abismo inmediato á su morada.

Vista desde léjos la isla parece pedregosa, y lo es en efecto; para llegar á ella desde el desembarcadero era preciso ántes franquear una cuesta bastante escarpada, aunque no tanto como la que hay para ir á Anacapri; pero ahora hay un buen camino que se desarrolla hasta las alturas como una inmensa faja. En la inmediacion de la isla se halla el castillo de Barbaroja, antigua fortaleza ruinosa de la Edad media, llamada así por haberla destruido el pirata de este nombre. El hecho ocurrió hace tres siglos, pero áun vive gente que puede recordar los dias en que esta costa y la inmediata no se hallaban libres de merodeadores, y en que los barcos argelinos hacian frecuentes correrías; aquellos piratas saqueaban de vez en cuando algun tranquilo pueblo, llevándose algunos prisioneros para reducirlos á la esclavitud. Hasta el año siguiente á la batalla de Waterloo, y cuando lord Exmouth destrozó los fuertes de Argel, no dejaron de ser los piratas un terror para esta region.

En Capri se puede visitar la famosa gruta de Azara, ó Gruta Azul, situada en el noroeste de la isla; pero no es posible penetrar en ella sino cuando el tiempo está muy sereno, porque la parte superior de la entrada hállase á poco más de cuatro palmos de la superficie líquida. Una vez en el interior, se ve que el techo pedregoso se eleva á diez ó doce varas sobre el nivel del mar; apénas penetra la luz del dia en este recinto, y si no fuese por el pálido reflejo de aquella en el agua, reinaria casi una completa oscuridad. Hé aquí por qué la gruta parece de un bonito color, como sucede en las de los glaciares.

Pongamos aquí punto final á nuestra descripcion de los alrededores de Nápoles, no sin lamentar el atraso de este país, sometido durante largos años á un régimen poco favorable al desarrollo de su cultura. La mendicidad y sobre todo el bandolerismo hicieron presa en él; pero en la actualidad puede asegurarse que la primera ha disminuido, desarrollándose la aficion al trabajo, y que el mayor grado de instruccion contribuirá á extirpar esa otra plaga no del todo extinguida en el hermoso suelo italiano.

EL TIROL

Castillo en el Tirol

Lo que Suiza era en los dias de nuestros padres, es en la actualidad el Tirol. Cuando hojeamos los relatos de los viajeros que recorrieron la Suiza ántes de haber caminos de hierro, vemos que se habla mucho de fastuosas y poéticas costumbres y de magníficos trajes; pero todo esto ha desaparecido ya; la legion de extranjeros que visita el país todos los años ha sido suficiente para borrar en parte las huellas del pasado y cuanto era más típico en el país. El traje nacional, siempre pintoresco, y á veces elegante, ha sido reemplazado casi en todas partes por la monótona uniformidad de las modas parisienses ó por mezquinas imitaciones. Sin duda se ha ganado algo en comodidad, pero en cambio se ha perdido mucho por otra parte, y si Suiza cambia en los veinte años futuros tanto como en los pasados, el viajero no hallará pronto, por

lo que hace á los habitantes, nada absolutamente que diferencie á estos de los de Calais ú Ostende.

No sucede lo mismo con el Tirol: esa cordillera que se extiende entre el Rhin y el Inn, comparativamente sin importancia, sigue siendo lo que era, y al cruzar el país, excepto por las alturas del Cokaigne, reconócese que se está en una nacion que aún respeta sus tradiciones y su pasado, sin llegar á ser aún cosmopolita ni monótona.

Todavía se usa el traje nacional, consistente en una especie de chaqueta, calzon corto que deja descubierta la rodilla, ancho cinturon con bordados y sombrero alto de punta cónica; las mujeres visten el corpiño y la falda corta con bordados, que tienen doble atractivo en esta época de modas absurdas, y llevan por lo general varios adornos en la cabeza.

Aun cruzan por las calles del país pintorescas procesiones, y áun sobreviven muchas modas antiguas. No cabe duda que el suizo de hoy es más inteligente, más enérgico é ilustrado que lo fueron sus padres ó sus vecinos los tiroleses; no puede negarse que la bandera de la cruz blanca flota sobre un pueblo más próspero que el que tenia por emblema la bandera negra; pero siempre será un hecho, que la moderna civilizacion no tiene nada de pintoresca, y que lo útil es con frecuencia verdaderamente feo.

El Tirol tiene tambien sus caractéres distintivos, no siempre tan dignos de llamar la atencion como los de otras localidades. Los principales valles son más largos, y en su conjunto más uniformes que los de Suiza, así como las montañas ménos altas, por regla general, de modo que los picos no son tan visibles, ni los glaciares tan extensos como en el territorio vecino.

Si exceptuamos el grupo de Bernina, que aunque geográficamente tirolés debe considerarse como suizo bajo el punto de vista político, no se encuentra pico alguno que exceda de trece mil piés de altura; pero esto no obsta para que podamos asegurar, á despique de la opinion contraria de algunos, que el paisaje en general difiere lo suficiente del de Suiza para dejar justificado el aserto de que no se pueden conocer bien los Alpes sin visitar el Tirol. Un distrito, sobre todo, es absolutamente único en su género; nos referimos á la region dolomítica, donde se ven los más grandiosos y agrestes paisajes, caracterizados por sus rocas calcáreas, así como Chamounix, y sobre todo el Delfinado, por su «pizarra cristalina.»

Toda excursion por el Tirol suele comenzar ó concluir en Innsbruck, y por lo tanto nos detendremos aquí desde luégo, tanto más cuanto que es por todos estilos una ciudad montañesa verdaderamente típica. A decir verdad, desde Munich y Salzburgo se dominan grandiosos panoramas de los Alpes, pero la primera de estas ciudades está demasiado léjos, en la gran llanura bávara, y sólo se la puede considerar como un fondo del cuadro; miéntras que la segunda, aunque mucho más próxima á las montañas, es más bien una ciudad fronteriza.

Innsbruck, edificada, como el nombre lo indica, en las orillas del majestuoso rio Inn, elévase sobre el suelo uniforme de un largo y angosto valle, semejante á una trinchera; la pared del norte parece surgir casi en línea vertical desde las calles de la ciudad y forma una especie

de barrera de la montaña, casi infranqueable, desde la cual, como se ha dicho muy bien, los lobos pueden mirar las calles de Innsbruck. Por grandiosa que sea esta barrera, tiene algo del carácter opresivo y monótono del muro de una prision, y de consiguiente la vista se recrea más al fijarse en los variados contornos de las montañas de la cordillera central del Apenino, que corre por el sur. Sin embargo, si seguimos con la vista esa barrera en el espacio de algunas millas, valle arriba, observaremos que en cierto punto queda cortada por una enorme roca que se proyecta como una especie de barbacana: es el Martinswand, lugar famoso en los anales de las guerras del Tirol; aquí está el precipicio donde el emperador Maximiliano estuvo una vez á punto de perder la vida por su amor á la caza: su pié resbaló en un peligroso borde, y quedó casi suspendido entre cielo y tierra, hasta que fué salvado por un intrépido cazador de gamuzas, ó, como dice la leyenda, por un ángel que tomó aquel disfraz.

El Neustadt, la principal calle de Innsbruck, muy ancha y espaciosa, ofrece un conjunto muy pintoresco, con sus edificios de forma irregular, sus dos columnas centrales y sus casas de estilo antiguo, entre las cuales la más notable es el «Golden Roof», así llamada por haber estado revestida una vez de cobre dorado: fué construida por un gran señor del Tirol, justamente apellidado por sus extravagancias «Federico el de la Bolsa Vacía.»

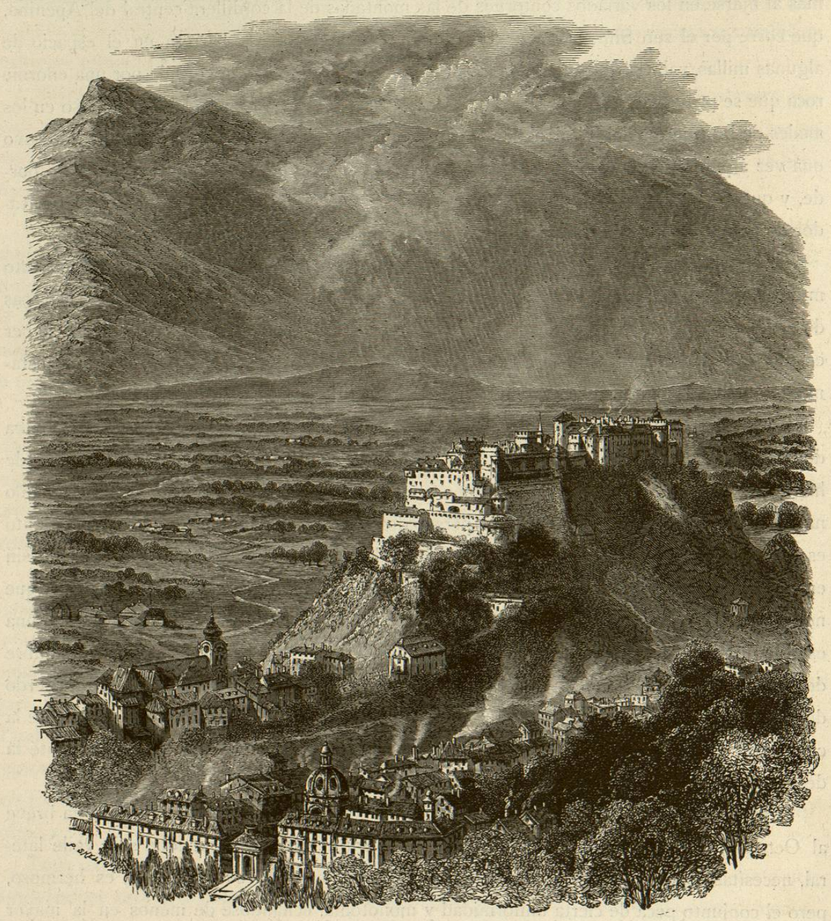
Como es natural, todos los viajeros van á visitar la iglesia franciscana para ver la tumba de Maximiliano, toda ella de mármol con magníficos bajos relieves; rodéala una verja de hierro primorosamente trabajada, que tiene por adorno varias estatuas de bronce de tamaño natural, las cuales representan antiguos personajes, algunos de ellos mitológicos: el conjunto es tal vez más curioso que magnífico, pero bien vale la pena verlo. Una de esas estatuas, sin embargo, tiene su mérito como obra artística, y tambien por el soberano que representa, que no es otro sino el rey Arturo de Inglaterra. A muchos les impresionará más la vista de una estatua de piedra que se halla cerca de la entrada, y en cuyo zócalo está inscrito el nombre de Andrés Hofer, viéndose en varias tablillas los de sus principales compañeros. El recuerdo de esos patriotas se conmemora muy propiamente aquí, porque Innsbruck no es solamente la capital del Tirol, sino la ciudad en cuyos arrabales se riñó más de una batalla durante la desesperada lucha sostenida contra las huestes de Napoleon I.

Remontando el valle del Inn, por debajo de las rocas del Martinswand, llégase en breve al Oetzthal, modelo de los valles ordinarios del Tirol: muy largo, aunque sólo valle lateral, necesítase más de un dia de marcha para recorrerle en toda su extension; es hermoso, pero el conjunto peca de cierta uniformidad y monotonía, echándose de ménos en la mayor parte del trayecto las escarpadas rocas, las cataratas, las casitas ocultas en la espesura, y los nevados picos que embellecen otros paisajes.

Antes de llegar á Heiligenkreutz ofrécese á la vista del viajero un conjunto más salvaje; el valle se estrecha hasta formar un desfiladero; y á los nogales y otros árboles de espeso follaje suceden los altos pinos, viéndose de vez en cuando torrentes y algun pico nevado, todo lo cual constituye un paisaje digno del pincel de un artista.

El primer pueblo que se encuentra en la misma direccion es Fend, cuartel general de todos aquellos que se proponen explorar el Oetzthal, y centro bien conocido del Club alpino

en varios países. En esta region no faltan altos picos, dos de los cuales exceden de doce mil piés de elevacion, y además hay dos pasos, el Hochjoch y el Niederjoch, desde los cuales los viajeros ménos osados ó activos pueden dirigir una mirada á la region de los hielos; el Nie-

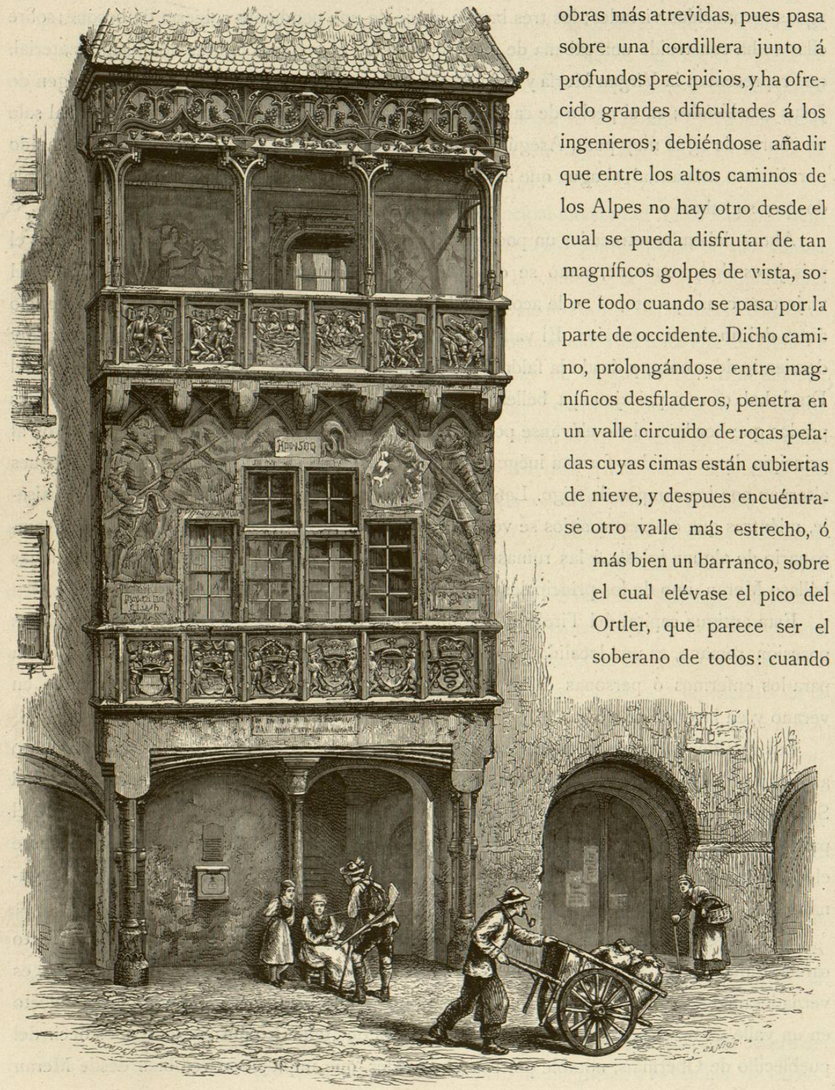


Vista de Salzburgo

derjoch es el pico más alto de los dos, y desde él se ven otros muchos que á lo léjos parecen confundirse con las nubes.

Desde Fend se va directamente al Oetzthal por el Schualserthal, valle más pequeño pero no ménos hermoso que el de Oetzthal: aquí se halla el extraño pueblo de Zarthaus, que fué en otro tiempo monasterio de cartujos, la iglesia de Santa Catalina, asentada sobre un profundo precipicio, y el castillo de Jufahl, que corona una roca y domina la entrada del valle. Todo esto es digno de ser visto; pero sin detenernos más tiempo en la principal cordillera

del Tirol, avanzaremos hasta el Etschthal para visitar otro grupo de montañas llamado el Ortler, conocido de los viajeros hace mucho tiempo por el gran camino de Stelvio, que cruza la cordillera por el pico más alto. Este camino tiene una justa celebridad por ser el más alto que hay en los Alpes, hallándose á nueve mil piés sobre el nivel del mar: la construccion de este camino ha sido una de las obras más atrevidas, pues pasa sobre una cordillera junto á profundos precipicios, y ha ofrecido grandes dificultades á los ingenieros; debiéndose añadir que entre los altos caminos de los Alpes no hay otro desde el cual se pueda disfrutar de tan magníficos golpes de vista, sobre todo cuando se pasa por la parte de occidente. Dicho camino, prolongándose entre magníficos desfiladeros, penetra en un valle circuido de rocas peladas cuyas cimas están cubiertas de nieve, y despues encuéntrase otro valle más estrecho, ó más bien un barranco, sobre el cual elévase el pico del Ortler, que parece ser el soberano de todos: cuando



La Casa Dorada, en Innsbruck